



Pablo d'Ors
Entusiasmo



El nuevo libro
de Pablo d'Ors
Un despertar espiritual

Galaxia Gutenberg

PABLO d'ORS

Entusiasmo

Trilogía del entusiasmo - I

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2017

© Pablo d'Ors, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15453-2017
ISBN: 978-84-17088-22-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Luichi, mi hermano querido

*Simplemente partió como un lunático
que sigue un deseo indomable.*

JÁNOS SZÉKELY

Dramatis personae

Pedro Pablo Ros, el narrador
Su padre, su madre y la Bisa, su abuela
Salmerón, amigo
Familia De Cartes, padres americanos
Familia De Gregory: Al, Brian, Ted y la madre
Father Martínez, religioso agustino
Sylvester, caballo

Aureliano, párroco
Don Emiliano, sacerdote
Padre Esteban, director espiritual
Gandhi, Ben Kingsley
Pilar, confidente
Adela Valcárcel, compañera de estudios
Rafa, seminarista
Ignacio, hermano
Oscar Wilde, maestro de novicios
Julián, connovicio

Chema, compañero malvado
Josito, el camarero de Vallecas
Pizarro, seminarista homosexual
Merceditas, chica de naranja
Diana, catequista enamorada
Abelardo Leurent, el conde

Fermín, formador
Padre Sánchez Rubio, profesor de marxismo
Padre Estanislao Pita, profesor de psicoanálisis y confesor
Boada, príncipe salido de los cuentos
Bruno y Germán, minusválidos
Padre Faro, profeta

Fausto, delegado de la Palabra
Erlinda, su hermosa mujer
Dunia, Delia y Chavelita, sus hijas
Los Ibarra-Gálvez, clan
Doña Celsa, india
Monseñor Porfirio, obispo de San Pedro Sula
Dalila, prostituta
Chila, viejuca
Sus dos hijos, un tuerto y un cojo
La pequeña Idalia
Carlos Hugo, guardián de la salud
José Cartagena, responsable pastoral
Elsa, adolescente animosa
Doña Jacqueline, maestra de garífuna
Blanca, negra
El chino, voluntario
Pedro Pablo, un recluso retrasado mental
José Omar, agonizante
Reinaldo, encargado de la misión
Un fantasma blanco
Marisela, niña

Y además: un fotógrafo oportunista; hombres semidesnudos bañándose en albercas de aguas amarillas; jóvenes de un grupo de oración en Madrid y de otro en Tela; colegas del conciliábulo: Moxó, Ventero, Andrade y Nuño de la Rosa; candidatos al sacerdocio: Tri-

gueros, Céspedes y Arriola; el portero de un círculo de estudio; un andaluz granujiento y grandullón; un grupo de reclutas; el historietista Hergé y Tintín, su personaje; Nano, un preso; Bruder Jakob, un claretiano; Mauro, joven teleño; René, chico avisgado; Marcial, un negro; Fina, una pequeña actriz; y otros niños del asentamiento: Juan Manuel; Josué; Héctor, el albino; Concha; Ricardo; Walter; Bibi, la negrita; campesinos de las montañas de Jutiapa; la madre y las hermanas de Marisela; un hombre enfermo y sus cuatro hijos también con fiebre; una pareja que se casa; don Felicísimo Mallía; Vilma, la loca; la joven Yonoris; un campesino con el brazo en cabestrillo; las religiosas Sor Goretti, sor Panchita y Élica Lemús; los bautizados Edwin, Alborada, Esmeralda, Alondra, Reina Marina, Gisela, Alba; Salomé y Bill Clinton, todos ellos con sus padres y padrinos; padre Subirana, primer evangelizador de Honduras; muchos campesinos de poblaciones vecinas; joven pareja y su hijo César Antonio; una mujer de tez muy blanca y cabello muy oscuro; su marido, un tipo insulso; dos adolescentes vestidas de blanco; una banda municipal; los niños de la catequesis de El Naranjo; su orgullosa maestra; un conductor de autobús; Astolfo, el de los ojos juntos; doña Corina, dueña de una cadena de radio; las alumnas de la escuelita de corte y confección; un superior religioso; Hélder Cámara, el obispo de los pobres; monseñor Romero, mártir; Ellacuría, jesuita; Casaldáliga, obispo y poeta; monseñor Aquilino, obispo presidente; el reputado Fisichella; el cardenal primado de Toledo; el cardenal Martini; monseñor Scala, autor; Marzinkus, arzobispo estadounidense; Pasquale Pulsoni, secretario del papa; un tal Vittorio Lunadei; Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff, teólogos de la liberación; Garriga Cos, teólogo progre-

sista; san Pablo; san Agustín; Lutero; santa Teresa; san Juan de la Cruz; san Ignacio de Loyola; Pelagio; Tomás Moro; Thomas Merton; Platón; Aristóteles; Anselmo de Canterbury; Marsilio Ficino; Nicolás de Cusa; Pascal; Schopenhauer; Descartes; Nietzsche; Marx; Freud; Ricoeur; Malebranche; Comte; Zubiri; Hegel; Dionisio Areopagita; Rahner; Von Balthasar; Bonhoeffer; Tillich; Congar; De Lubac; Faulkner; Rilke; Dostoievski; Thomas Mann; Goethe; Nietzsche; Chopin; Cortázar; Borges; Lérmontov; Gorki; Gogol; Kafka; Chopin; Mahler; Bach; Van Gogh; Rothko; Borromini; Klee; Hermann Hesse y sus personajes Joseph Knecht, Tugularius, Camenzind, Sinclair, Siddharta, Harry Haller, Demian, Narciso y Goldmundo y los Magister Ludi y Magister Musicae, Törless, personaje de Robert Musil; Uriah Heep, personaje de Dickens...

Escenografías

Praderas neoyorquinas
Rancho de los De Cartes
Iglesia de Poughkeepsie
Arlington High School
Casa de los De Gregory y su gélida caravana
Círculo de estudio de la Obra
Santuario de la Inmaculada
Sierra, pueblo de Almería
Noviciado de Los Negrales
Celda número 23

Seminario claretiano
Campo de fútbol de Colmenar Viejo
Una gran valla
Parroquia de la Asunción en Miraflores de la Sierra
Camino de la Morcuera

Aeropuerto de San Pedro Sula
Aldeas de Jutiapa: Jalán, Entelina y Quebrada Grande
Morenal de Tela
Colonia Alfonso Lacayo
Asentamiento humano de la Rivera Hernández

Y además: esquina noroeste de la calle 72 y el Central Park West; las madrileñas calles de Marqués de Urqui-

jo, Gaztambide, Hilarión Eslava y Juan Álvarez Mendizábal, el paseo del pintor Rosales; facultad de Derecho de la Complutense; pueblos de mala muerte en Castilla la Vieja y la Mancha; las poblaciones de Móstoles, Fuenlabrada y Alcorcón; una residencia de ancianos; un seminario en Navarra; un centro de instrucción militar en Cáceres; una colonia de minusválidos; algunos campamentos de verano para niños sin recursos; un bar en Vallecas; la comunidad ecuménica de Taizé; las fraternidades neogandhianas de El Arca; bosques de Ardèche; Castalia, territorio imaginario; antiguo convento cisterciense de Maulbronn, la vicaría de San Isidro de la Ceiba; la diócesis de Trujillo; el departamento del Yoro; la costa atlántica; la cordillera montañosa Del Nombre de Dios; la Mosquitia; la escuelita de El Naranjo; patio de la escuela de la Milagrosa; las aldeas: Tomalá, Los Jutes, Agua Caliente, El Portillo, La Jigua, La Sirena, Las Delicias, Berlín No.1, Cefalú, El Manchón...

PRIMERA PARTE

Estado de gracia

Mi experiencia vocacional

Capítulo I: Tardes en la caravana. 1. Walt Whitman en las praderas neoyorquinas; 2. Las voces amadas; 3. El precepto dominical; 4. Mi gran crisis norteamericana; 5. Mi amigo Salmerón; 6. Cuaderno de cuadrículas; 7. Devoción mariana; 8. Saberse en un camino; 9. Ese armario no existe.

Capítulo II: El chico que quería ser Gandhi. 10. El padre Aureliano; 11. Puestas en común; 12. El canto del pájaro; 13. Don Emiliano y su scalextric; 14. Charlas acerca de la gracia; 15. Plan de vida; 16. Relato de mi vocación; 17. El entusiasmo; 18. El Cristo de la Piedad; 19. Pilar, mi confidente; 20. Pascua en Sierró; 21. Las homilias de Montini; 22. Modelos sacerdotales; 23. Quiero ser como tú; 24. El peregrino ruso.

Capítulo III: Dejarlo todo. 25. La ruptura familiar; 26. Un nuevo nacimiento; 27. Despedirse del mundo; 28. Entrar en religión; 29. La celda número 23; 30. Primer día de noviciado; 31. Quema de manuscritos.

Capítulo I

Tardes en la caravana

Ningún esfuerzo que hace un alma por acercarse a Dios se pierde. No son nuestros esfuerzos los que nos llevan a Dios, pero sin ellos, por alguna razón, no llegamos a Él.

A lo largo de mi vida como sacerdote me he arriesgado y, como es natural, me he equivocado muchas veces, seguramente demasiadas.

La flexibilidad es una de las condiciones del pensamiento. Un pensamiento rígido no es, en consecuencia, más que doctrina o ideología. Busca un gran pensador que haya sido un fanático, no lo encontrarás.

I

Poco antes de cumplir dieciocho años viajé a Norteamérica con una organización que se llamaba Spanish Heritage y que acomodaba a sus estudiantes en familias de clase media. Yo fui una excepción, pues me correspondió una familia que vivía en un ostentoso rancho de Poughkeepsie, una población de origen indio. Por esta circunstancia, durante el semestre que estuve con los De Cartes, pude montar a caballo todas las tardes. Durante aquel inolvidable otoño me dirigía cada atardecer a las cuadras de aquel rancho, ensillaba uno de los caballos y salía a cabalgar por las mismas praderas y bosques por los que siglos antes habían cabalgado, indudablemente con mayor destreza que yo, algunas tribus de indios apaches y cheyene.

Como casi todos los niños del mundo, durante mi infancia yo había visto muchas películas de indios y americanos. No puede extrañar por ello que, no teniendo tan lejos esas películas, para aquellos largos y solitarios paseos vespertinos me pusiera un gran sombrero de cowboy que me había comprado precisamente con este propósito. Hubo ocasiones en que, sobre mi Sylvester—que era mi caballo favorito—, llegué a encenderme un Marlboro; y otras en que, culminada una determinada

cima, mientras avistaba el atardecer, me ponía a silbar alguna melancólica canción. ¿Por qué hacía esto? ¿Acaso había visto tantos wésterns que sentía la necesidad de emular a sus héroes? Me estaba buscando, aún no sabía quién era: necesitaba ensayar algún personaje para averiguar cuál era el que, en el futuro, debía encarnar. En ese momento decidí probar con el de cowboy.

En medio de toda aquella inmensa estupidez adolescente, a veces, después de haber trotado a través de pastos, praderas y tierras de labranzas, me dejaba envolver por el vibrante silencio otoñal –que lo ocupaba todo– y lograba olvidarme de mí mismo y de mis disparatadas búsquedas; entonces, estupefacto, admiraba al fin la belleza del paisaje. Porque debo decir que pocos paisajes hay en el mundo –y he recorrido mucho– tan hermosos y sobrecogedores como los bosques y las praderas del estado de Nueva York. El color de los árboles, en particular en otoño, adquiere ahí las tonalidades más inimaginables. La naturaleza es una buena maestra: su esplendor y majestad sacan en ocasiones al hombre de sí mismo y es así, en este éxtasis o desbordamiento, como a veces nace la experiencia religiosa, que es lo que ahora me dispongo a relatar.

Una de aquellas tardes otoñales me emocioné ante la contemplación de una puesta de sol, con sus árboles a lo lejos y sus nubes rosadas e iridiscentes. De algún modo me identifiqué con aquellos árboles, con aquellas nubes, con aquel sol espectacular que parecía esconderse tras los montes sólo para que yo fuera feliz. Ver bien la realidad –fue entonces cuando lo intuí– es verla como espejo de uno mismo y del mundo. Porque todo reverbera en todo. Y porque en aquellos árboles, como en aquellas nubes o en aquella puesta de sol, estaba yo, aunque entonces, como es natural, no podía expresarlo

como ahora. Me había visto a mí mismo y al mundo sea en su frondosidad o en su abandono, en el caso del árbol; en su color o volubilidad, en el de la nube; y en su majestuosidad en el del sol. Y, ¿cómo no emocionarse al comprobar que todo, absolutamente todo, está en cualquier cosa?

El paisaje que me rodeaba era tan vasto y fértil que, fuera por su amplitud o fertilidad, o por la idea que me había hecho de mí como de un jinete solitario, algo me hizo pensar en Walt Whitman, el poeta norteamericano. No sé si fue la belleza de aquel paisaje de película o acaso el propio Whitman lo que me condujo de pronto a la idea de Dios, al sentimiento de Dios. Porque si existía ese paisaje, si existía Whitman, me dije, tenía que existir Dios. Y dije la palabra Dios como si por primera vez lo reconociera, o como si lo viera a Él al admirar aquel paisaje norteamericano que tanto me hacía acordarme del famoso poeta. Tal vez fue como si lo invocara en la naturaleza.

Me gustó mucho cabalgar con la idea de Dios en la cabeza y con el sentimiento de Dios en el corazón.

—Bonito ¿eh? —le dije a Whitman como si estuviera conmigo en otro caballo invisible que cabalgara mansamente junto al mío.

Mi sensación era —y quizá pueda resultar blasfema— la de cabalgar sobre el cuerpo de Dios, la de estar total e inmerecidamente envuelto y rodeado por Él.

—¡Dios, Dios! —dije entonces dos veces, pero no sé bien a quién se lo decía: lo más seguro es que no a Él, pero tampoco a Whitman o a mí mismo—. ¡Dios, Dios, Dios! —dije poco después, tres veces en esta ocasión.

Luego pronuncié esta palabra muchas veces más, siempre al airoso ritmo de mi querido Sylvester, mientras atardecía en aquel soberbio paisaje norteamericano.

Claro que son muchos los que dicen que es en la naturaleza donde más se encuentran con Dios. Esto es así por la sencilla razón de que, en la naturaleza, sea de ello consciente o no, el hombre recuerda de dónde viene. En la naturaleza el hombre contacta con sus orígenes; también con ese otro Origen que llamamos Dios. Además, en la naturaleza al hombre no se le invita a pensar, sino a contemplar y, en último término, a fundirse con ella. Por eso querría volver a Poughkeepsie. Querría ver esa pradera una vez más y comprobar si Dios sigue ahí, en aquellas nubes rosadas e iridiscentes. De momento, sin embargo, debo conformarme con leer a Whitman, cuyos poemas siempre me llevan a la idea y al sentimiento de la vida. De ahí, de la vida, no creo que sea difícil llegar hasta Dios. En realidad, no hay otro camino. ¿Habré logrado transmitir en esta página, aunque sólo sea en parte, la increíble belleza de aquel atardecer norteamericano?

Volví al rancho de la familia De Cartes en silencio. De un día para otro había empezado a ser, lo supiera o no, un hombre religioso.

No es de extrañar que sean muchos los hombres y las mujeres que, a lo largo de la historia, dicen haberse encontrado con el Creador en la belleza de su Creación. Pues bien, también a mí me habló Dios en medio de los inolvidables bosques neoyorquinos de Poughkeepsie. También a mí me sobrecogió el capricho de las nubes, la azul lejanía de las montañas, el sol filtrándose entre las ramas y la inmensidad del horizonte. Durante algunos minutos –o tal vez fueron sólo segundos– me sentí uno con el caballo, eso fue lo primero; luego uno con el caballo y con la pradera en la que ambos cabalgábamos; al final, uno con el caballo, la pradera y el sol, que

empezaba a ponerse en el horizonte. Fue al sentirme al mismo tiempo caballo, pradera y sol cuando experimenté que ahí estaba Dios o, por mejor decirlo, que yo mismo era el propio Dios. Sé muy bien que esto puede sonar irreverente, pero la sensación de que la pradera, el caballo, el sol y yo éramos nada menos que Dios mismo en aquel momento fue para mí muy nítida. Y tal fue la intensidad de todo aquello que me atreví a balbucir una oración. Porque orar no consiste simplemente en recitar las palabras y realizar los gestos propios de una determinada tradición: juntar las manos, arrodillarse, recitar una plegaria, persignarse... No. Orar es hablar con Dios de corazón a corazón y, desde luego, escucharle. Pues con diecisiete años y en los otoñales bosques de Poughkeepsie, aquella tarde yo recé con singular emoción: le conté a Dios cómo me sentía y cuáles eran mis proyectos de futuro y, en la brisa que acariciaba la pradera y que jugueteaba con las hojas de los árboles, me pareció escuchar su contestación.

Otros días, a esa misma hora y en aquellas mismas colinas, volví a salir a cabalgar con Sylvester y, aunque experimenté sensaciones parecidas a las de aquel 5 de septiembre, nunca fueron tan nítidas. A mí me bastó, en cualquier caso, para saber que Dios me esperaba siempre de algún modo en la naturaleza: en las ramas secas y desnudas, entrecruzándose unas con otras y componiendo bellísimos enramados tras los que se veía el cielo, soleado o nublado; o en el permanente hacerse y deshacerse de las nubes, tan hipnótico; o en un rayo naranja filtrándose por entre las hojas y otorgando al mundo su verdadero color.

—¿Eres Tú? —le pregunté a Dios aquella primera tarde.

Había empezado a hablar con Él. Había empezado mi personal aventura en el camino de la oración.

Tenía dieciocho años, acababa de pasar un curso académico en Estados Unidos y nadie en su sano juicio habría presagiado que en pocos meses iba a entrar en un seminario y, concluida la formación, recibir la ordenación sacerdotal. Porque yo nunca había sido un tipo particularmente religioso; antes bien, había preferido dejarme crecer el pelo hasta los hombros, intimar con algunas chicas –no sin cierto afán coleccionista–, leer compulsivamente a Hermann Hesse y probar algunas drogas, para ver cómo era todo aquello de viajar con la mente. Sin embargo, contra todo pronóstico, en Nueva York, sin dejar de leer a Hesse, no me alejé de la fe de la Iglesia. A decir verdad, nunca me he alejado de ella, ni siquiera en los momentos más críticos o alocados. Más aún: la fe cristiana ha sido siempre para mí, aún en las situaciones más difíciles, lo que mejor me ha hecho entender quién era yo y para qué había venido a este mundo.

De aquella experiencia norteamericana conservo muchos recuerdos, tan entrañables como bochornosos. Vayamos con el primero. Durante el día podía caminar por Manhattan, perderme en Harlem, comprar discos en grandes almacenes o quedar absorto ante los escaparates de la esquina noroeste de la calle 72 y el Central Park West, justo donde dispararon a John Lennon un 8 de diciembre de 1981, jornada en la que precisamente me encontraba en la Gran Manzana. Por la noche, sin embargo, ya en casa de la familia norteamericana que me hospedaba, solía ponerme una cinta magnetofónica que me habían enviado mis padres desde España. Tumbado en la cama, mientras la escuchaba con la vista en el techo, bastaban pocos minutos

para que se me revolvieran las tripas y me echase a llorar como un chiquillo, víctima de una invencible nostalgia. Lloraba al oír la voz cascada de mi padre, temeroso de que mi adolescencia me gastara alguna broma pesada; lloraba al oír a mi madre, quien conmigo fue siempre más bien escueta y eminentemente práctica; lloraba ante la voz de mis hermanos, en fin, pues cada uno de ellos –los seis– tenía un animoso mensaje para mí. Ningún libro, ninguna carta, ningún amor perdido, ninguna despedida me ha hecho llorar tanto a lo largo de los cincuenta años que acabo de cumplir como aquella grabación doméstica. Pero, si tanto me afligía estar lejos de los míos y de mi país –cabe preguntarse–, si tanto sufría escuchando aquellas voces tan lejanas y queridas, ¿por qué entonces me ponía a escuchar aquella cinta casete una noche tras otra? Hoy conozco la respuesta a esta pregunta: quería sufrir para poder contar un día, con fundamento, cómo era eso del sufrimiento; quería tener experiencias para llegar a ser en el futuro un experto en la única materia que me interesaba: la vida. Ese llanto me hizo entender –de momento sólo con las vísceras, más tarde también con la razón– que para amar la patria hay que estar lejos de ella; que para saber quiénes somos, hemos de confrontarnos con lo ajeno.

Aquél no había sido ni mucho menos mi primer gran viaje, pero en estas memorias ficticias –que empiezo a escribir poco después de haber cumplido medio siglo de vida– quiero comenzar diciendo que el año que pasé en Estados Unidos marcó un antes y un después porque hizo de mí, y para siempre, un creyente entusiasta y un viajero empedernido. No es que me guste viajar, no es eso, pero hay algo en mí que periódicamente me lo pide y que hasta me lo exige si desobe-

dezcó su invitación. ¿Que por qué? Pues porque es en el contraste donde mejor me comprendo, como supongo que le pasa a todo el mundo; es en la diferencia, en fin, donde mejor escucho mi conciencia y entiendo quién demonios soy. No es ningún descubrimiento, por supuesto; pero para mí lo fue con dieciocho años.

Todo este asunto de los viajes marcó también mi experiencia religiosa, que tanto de joven como de adulto he leído en clave de aventura. Más aún: de éxodo, de peregrinaje o expedición. Soy un nómada empedernido: siempre he necesitado cambiar de aires, salir de mi agujero y confrontarme con lo diverso. Sin entender bien de dónde nacía todo este afán por los desplazamientos, desde que era un adolescente he necesitado prepararme mediante las aventuras externas a esa otra aventura –más apasionante aún, y más esencial– que es la interior. Hoy no concibo la vida de un cristiano sin búsqueda ni riesgo, de modo que a lo largo de mi vida como sacerdote me he arriesgado y, como es natural, me he equivocado muchas veces, demasiadas. Porque no todas mis búsquedas ni afanes me han conducido al puerto anhelado. Algunas me han llevado a bosques oscuros y a precipicios por los que he caído o, al menos, por los que he estado a punto de caer. Tampoco ocultaré aquí que he llorado mucho mis incontables faltas, errores y pecados, y que siempre, aún de adulto, lo he hecho tan desconsolada y arrebatadamente como ese chico que yo era con diecisiete años y que, víctima de una venenosa melancolía, se escondía en su cuarto para escuchar en un casete, sin cansarse, las voces de sus seres amados.

Recuerdo bien a ese joven que yo era y diría que siento ternura por él, casi misericordia, aunque también

cierta admiración. ¿Admiración? Sí, porque aquel chico tenía tantas ganas de vivir que se dejaba afectar por todo. Era demasiado sensible, por supuesto, egocéntrico, eso lo doy por descontado, y también ingenuo, como enseguida mostraré; pero en medio de ese candor y de ese egocentrismo estructural que caracteriza a los jóvenes en general, en medio de esa viva curiosidad que tan malas pasadas me jugó, en mi interior latía un corazón generoso y valiente, que es lo que hoy me admira de mi juventud. No me interesaban el dinero y el poder, nunca me han interesado. Ambicionaba nada menos que acceder a las más altas cimas de la verdad y del bien. Y ya entonces, con dieciséis, diecisiete y dieciocho años —me estoy viendo—, anhelaba la belleza, que buscaba en la literatura y en las mujeres, por ese orden.

3

Mi familia americana era aún menos religiosa que mi familia española, pese a que en los informes que Spanish Heritage había enviado a mis padres podía leerse que los De Cartes iban a misa con regularidad. No era cierto: ni el matrimonio ni sus hijos pisaban una iglesia ni por equivocación. Haciendo salvedad de mi experiencia casi mística en las praderas neoyorquinas, la verdad es que mi religiosidad, como la de cualquier otro chico de mi ambiente, se limitaba en aquella época a la clase escolar de religión y a la misa parroquial los domingos. En las catequesis se nos había inculcado, entre otras obligaciones, la del precepto dominical; y dado que una posible ausencia era considerada nada menos que como pecado mortal, determiné que, salvo razón muy grave, debía cumplir. Porque una cosa era

lo que podía hacer con algunas chicas del colegio en los lavabos escolares o en algunas fiestas a las que era invitado los viernes y sábados por la noche –y yo reconocía que eso estaba mal, puesto que sólo acudía a esas muchachitas para satisfacer mi deseo y curiosidad–, y otra muy distinta era lo de no asistir a la misa, que era una de las tres únicas condiciones que mi padre me había puesto para acceder a mi viaje a Estados Unidos. Quién iba a decirlo, pero fue en esto de ir a misa donde empezó lo que, con la característica grandilocuencia adolescente, bauticé como mi gran crisis norteamericana.

–Sé que en América beberás y probarás las drogas –me había dicho mi padre poco antes de partir, lo recordaba muy bien–. También yo he sido joven y he probado los estupefacientes –admitió ante mí mientras yo, acongojado por la gravedad del momento, no podía dar crédito a lo que acababa de decirme–. Te meterás donde no te llaman –continuó él, haciendo caso omiso de mi cara de pasmado–, te rodearás de malas compañías –lo adivinó, no era muy difícil–. Harás tonterías de las que luego te avergonzarás, como por ejemplo ir en coche por una autopista a una velocidad muy superior a la permitida. –Ni que hubiera estado ahí, conmigo.

La primera parte de su discurso había terminado; lo supe porque suspiró sonoramente tras una breve pausa. Luego dio paso a la segunda, que fue la que más me descolocó.

–Sólo te pido tres cosas, y no quiero que dentro de un año vuelvas a esta casa si no las cumples.

Me asusté, mi padre hablaba completamente en serio. Y yo no iba a ser el primero de sus hijos al que expulsaría del hogar familiar si es que desobedecía sus consignas.

–Primero –sentenció mi padre, a quien le gustaban tanto las enumeraciones que todos sus discursos eran esquemáticos listados–: no dejes embarazada a ninguna chica.

Tragué saliva. Él me miraba con vivo interés, escrutando mi reacción.

–Sé que en América vas a hacer lo que te dé la gana y lo entiendo. Más aún, no te lo reprocho. Yo haría lo mismo –admitió, y creí leer en sus labios una suave sonrisa–. Te acostarás con mujeres de tu edad y mayores –especificó–; desahógate si lo necesitas, pero no lo hagas sin una goma.

Volví a tragar saliva. ¿Una goma? ¿Sería así como mi padre se refería a los preservativos? No me dejé tiempo para reflexionar.

–Segundo –y esto me lo esperaba aún menos que lo anterior–: no te inyectes heroína.

Ni ganas que tenía, pensé al escuchar aquello, y esa falta de ganas abarcaba tanto a la heroína como a la posibilidad de un hijo.

–Y tercero –y al decirlo, lo hizo con su clásica erre gutural, lo que en ocasiones le hacía pasar por un francés hablando castellano–: no dejes de ir a misa los domingos.

Mi padre me miró entonces con ojos cansados. Su discurso había terminado.

–¿Está claro? –quiso saber, imprimiendo a estas palabras toda su autoridad de militar a punto de jubilarse.

Él «claro» lo había dicho una vez más a la francesa.

Sólo cuando asentí, inclinando la cabeza repetidas veces, mi padre se acercó hasta mí para que le besara en la frente, como teníamos por costumbre.

Presionados por mi requerimiento o por lo que habían declarado a Spanish Heritage en el acuerdo, mis padres americanos me acompañaron a la iglesia católica de Poughkeepsie durante las primeras dos o tres semanas de mi estancia en su rancho. Uno de aquellos domingos, mi madre americana, que solía andar dando saltitos como un gorrión, llegó a entrar en el templo conmigo, a sentarse a mi lado en uno de los primeros bancos y a escuchar la misa entera, sin pestañear. Era una mujer fea y vieja, pero se comportaba como si fuera una princesa. Se ponía tanto maquillaje que parecía llevar una máscara. Daba pena verla, no se hacía cargo de que ya había pasado el tiempo, si lo hubo, en el que todos bailaban a su son.

Bastaron pocas semanas para que a misa me acompañara sólo el padre, y únicamente si yo se lo pedía. Y a los dos meses de mi llegada –antes, por tanto, de las navidades–, ni mi padre ni mi madre americanos querían llevarme ni siquiera cuando se lo pedía. Simulaban no escucharme cuando se lo insinuaba, o fingían recibir una llamada justo en el preciso instante en que nos disponíamos a salir. Durante algún tiempo estuvieron arguyendo las excusas y justificaciones más inverosímiles.

–¡No digas sandeces! –me reprendió mi padre americano en una de aquellas ocasiones, harto ya de mi insistencia.

Gritó aquello desde el umbral de la puerta del cuarto de las herramientas, y me sorprendió la enormidad de su cuerpo en medio de aquella diminuta puerta.

–¡Déjate ya de tanta misa! –me increpó también, y acto seguido me dejó oír una de sus risas malsanas y maliciosas.

Se había figurado, seguramente, que en breve entraría en razón y que dejaría de importunarle.

¿Sandeces? Al oír aquello me quedé tan mudo como paralizado. Aquella tarde, sin embargo, acaso por el expreso requerimiento de mi madre americana, el señor De Cartes me llevó a regañadientes al culto dominical. No fue una buena idea. Fue entonces cuando se desencadenó lo que llamé, con esa típica grandilocuencia adolescente que me costó más de una década erradicar, mi gran crisis norteamericana.

4

La culpa de todo la tuvo el orondo señor De Cartes, quien al coger aquella tarde su cuatro por cuatro (le encantaban los coches y las furgonetas), llevaba más de una copa encima. ¿Más de una, digo? En realidad, llevaba tantas que fuimos a la iglesia dando tumbos, por lo que pensé –tan aterrorizado que aún se me eriza el cabello al recordarlo– que estábamos jugándonos la vida. Lo más probable, después de todo, es que no fueran tantos los tumbos que diéramos en aquella, para mí, imborrable ocasión; y hoy doy por seguro que nuestra vida, ciertamente, no peligró durante aquel, para mí, terrorífico trayecto. Pero con diecisiete años recién cumplidos, juzgué que la circunstancia por la que estaba pasando era poco menos que mortal. Me libraba del pecado del incumplimiento, sí, ¡pero a qué precio!

–¿No querías ir a la misa? –barboteó desde el volante el señor De Cartes, quien a menudo bromeaba con lo parecido de su apellido con el del famoso filósofo francés, fundador del racionalismo–. ¿No querías rezar, españolito de mierda? –me insultaba entre esas risas salivosas y guturales tan propias de los borrachos.